448- UN CORAZÓN ENAMORADO//Rd



En el conocido puente Espinosa, río Darro a los pies de la Alhambra, él estaba sentado una calurosa tarde de verano. Solo, vestido de blanco, barbas y pelos largos, cara un poco arrugada y miraba como ausente. Ella, de unos doce años, pelo rubio recogido en dos trenzas, de tez muy blanca, cara redonda y piel muy suave, se acercó. En sus manos cogió el corazón de cuero rojo que colgaba del cuello del hombre y le preguntó:
- ¿Dónde los has comprado? Es tan bonito que me gustaría tener uno como éste.

Miró él dulcemente a la pequeña y le dijo:
- Ni lo he comprado ni lo he hecho yo.
- ¿Entonces?
- Un día, sólo unas horas antes de irse de Granada, me lo regaló ella.
- ¿Quién es ella?
- Vino a Granada, desde un país muy lejano y donde nieva mucho, al comenzar el curso. A los pocos días, apareció en una calle de esta Carrera del Darro, tocando su guitarra. Con la ilusión de que los turistas le dieran algunas monedas.

Cuando ya el otoño estaba muy avanzado, al pasar yo una tarde por donde tocaba la guitarra, me la encontré. Oí primero la hermosa música que arrancaba de las cuerdas de este instrumento y luego, al mirar, la vi. Me acerqué, la saludé y charlamos un rato.Volví a verla muchas más veces por este lugar de Granada. Siempre al caer las tardes, tocando la guitarra con esperanza de que los turistas le dejaran algunas monedas. Al pasar y verla, siempre me paraba con ella, le regalaba un sincero abrazo y luego le ofrecía mi cariño y respeto.

Cada día me correspondía con delicadeza y dulzura. Era muy educada. La invité una tarde a dar un paseo por la fuente del Avellano hasta casi Jesús del Valle porque le interesaba mucho conocer estos territorios, aprender los nombres de las plantas y las historias del pasado. Otra tarde recorrimos los jardines del Carmen de los Mártires y fue muy feliz viendo y jugando con los pavos reales. Fuimos otro día por el mirador de los Alixares, por la Acequia Real de la Alhambra, por la Silla del Moro hasta casi los llanos de la Perdiz y por el paseo del río Genil hasta la Lancha de Cenes para ver los caballos. Se distraía mucho con los mirlos que por ahí viven y una vez y otra, confesaba:
- Un día tenemos que ir a ver las cabras monteses, por donde nace el río Darro. También a las nieves de Sierra Nevada y a los blancos pueblos de la Alpujarra.
Y yo le confirmaba:

- Sí, un día tenemos que ir a todos estos sitios y muchos más. Ahora que estás en esta ciudad, es bueno explorar, pasear y conocer sitios, personas, nombres e historias.
- Así cuando vuelva a mi país de las nieves, siempre me acordaré de este mundo del sol y de ti.

Corrió el tiempo. El final del curso se acercaba y el día de su marcha de esta ciudad, también. Por estas fechas en su corazón se había despertado la necesidad de hacerme un regalo especial y por eso una tarde se puso e hizo un bonito trabajo en cuero rojo. Al día siguiente, ya solo a unas horas de su marcha de Granada, al encontrarnos, me dio un pequeño envoltorio.
- Es para ti.
Me dijo simplemente. Sorprendido e ilusionado, abrí este envoltorio y descubrí dentro un bonito corazón en cuero rojo. En el centro había cosido, hecho con pequeñas perlas de plástico de colores, mi nombre. Guardé con respeto y cariño este original y especial regalo y en cuanto ella se marchó de Granada, lo colgué en mi cuello.

Se alejó de estos lugares, a su país de las nieves, una calurosa mañana del mes de junio y yo empecé a recordarla con añoranza y cada día más. Junto al viejo tronco del gran almez que ves cerca de las ruinas del puente del Cadí y no lejos de las aguas del río Darro, una tarde enterré el corazón de cuero rojo que me había regalado. Me dije: "Para que ella, la música de su guitarra, su sonrisa, perfume y belleza, permanezcan eternas aquí a los pies de la Alhambra, junto al río y rincón más bello del mundo. Sé que este era su sueño secreto y el mío también". Y tenía conocimiento de esto porque varias veces me había dicho:
- Granada, rio Darro, tú y la Alhambra, sois como el cuento más bello en mi corazón. Por eso necesito volver. Volveré para escribir este cuento y quedarme aquí para siempre.

Siguió corriendo el tiempo. Un día, yo morí muy viejo. Murió ella también de vieja y siguieron pasando los años. Mi cuerpo y el de ella, se fundieron con la tierra y convirtieron en aromas en el viento. Se borraron para siempre en este suelo sus hechos y pequeñas obras pero su espíritu quedó y aquí permanece eterno, en el lugar donde enterré el corazón de cuero rojo que un día me regaló. Brotó en este lugar, un día de primavera, un claro manantial y por las tardes, todas las tardes, junto con el rumor de las aguas de este manantial y siempre con la figura de la Alhambra coronando, se oye la música de su guitarra.

Con estas palabras, el hombre vestido de blanco, puso fin al relato que había narrado a la pequeña que se había parado junto a él. La niña miró al hombre y le preguntó:
- Pero si tú me has dicho que hace mucho, muchos años que moriste y ella también ¿cómo es que ahora te veo aquí y puedo hablar contigo?
- Porque vivo aquí, dentro del invisible mundo del espíritu y la eternidad. Donde la vi por primera vez y la música de su guitarra hirió mi corazón y se hizo poesía entre las murallas y bosques de la Alhambra.
- ¿Pero cómo es que puedo verte, hablar contigo y de tu cuello, cuelga un bonito corazón de cuero rojo si me has dicho que lo enterraste junto a ese árbol, a los pies de la Alhambra?
- Es un misterio pero sucedió y sucede. Algunas personas, quizás de corazón puro y miradas limpias, pueden verme aunque mi cuerpo ya no esté en este lugar. Y también pueden ver y oír el agua que brota del manantial donde su corazón de cuero rojo, se ha hecho música, esencia y eternidad.

Y la niña, miró en estos momentos para el bosque en la umbría de la Alhambra. Escuchó muy atentamente y luego dijo al hombre de la túnica blanca:
- Es verdad lo que dices. Yo también puedo ver el agua clara que brota de ese manantial y oigo una muy hermosa música de guitarra. Voy a decírselo a mis padres y amigas para que vengan y gocen de este tan único y bonito milagro.

Miró la pequeña de nuevo para el muro del río donde el hombre estaba sentado y ahora no lo vio. Lo llamó y nadie le respondió. Se acercó a la madre, le contó esta historia y la madre le dijo:
- En Granada, pueden suceder estas cosas. Y lo de esta joven con su guitarra, parece que el cielo quiere que por aquí permanezca eternamente. Sería muy hermoso su corazón, los sueños de su alma y la música que por estos lugares tocaba.